

Título: Conocimiento de Fuga**Escrito por: Camila Villanueva**

Había una vez, un pequeño pueblo a la orilla del mar, en el que vivía una chica. Era más mar que pueblo, las casas habían sido construidas muy juntas y estaban casi paralelas a la lejana e impenetrable línea del horizonte. Todas las tardes la chica observaba con la piel de gallina, cómo el sol se iba alejando, frío e indiferente, dejando a todo su pueblo a merced de la noche estrellada. Las estrellas eran la fuente de su malestar, estas acababan con los peces, el único sustento que el mar podía darles y destruían las pocas tiendas que podían construir. La única solución estaba en destruir los balines antes de que se estrellaran contra alguna superficie que mereciera la pena salvar. A la misma hora, antes de que anoheciera, los habitantes del pueblo arrastraban sus sombras a la seguridad de sus casas, sin ventanas y con diminutas puertas, a esperar a que la noche los cubriera y que los Defensores ametrallaran contra la amenaza. Apenas salía el sol, los habitantes emergían de sus refugios para limpiar el rojo que manchaba la arena, rearmar las tiendas y cazar los peces que podían, y así hasta el atardecer. No todas las noches había grandes pérdidas, la Raptia se encargaba de dejar dispuesta una cantidad apropiada de municiones y velas cada mañana.

Raptia, los líderes de su pueblo, simbolizaba todas las soluciones a sus problemas y los lugareños le habían otorgado su lealtad y obediencia. Sin ellos estarían perdidos, y lo sabían. De todas las casas, Raptia tenía su propio lugar apartado del resto, muy cerca del Reloj, una estructura que se alargaba y se perfilaba como una línea, hasta tocar el cielo y albergaba a El Tiempo. Raptia era la casa más grande, la única que tenía ventanas y el único lugar del pueblo, además del Reloj, donde solo los Relojeros y algunos Defensores, podían entrar.

La familia de ella tenía el privilegio de sentirse un poco más dichosos que las otras familias pues su patriarca era el Relojero nocturno y era el que más tiempo llevaba sobreviviendo en su trabajo. Ella, no estaba segura de si debía sentirse dichosa por eso, pero era una sensación que no se atrevía a poner en palabras, porque sus padres desaprobaban esas ideas. Todo era culpa de su abuela, que le había enseñado a leer a escondidas de ellos. Solo tenían un libro de fantasía cuyas frases su memoria repetía una y otra vez. A veces antes de irse a dormir por la noche, una voz ajena le decía: “... *están caracterizadas por estar formadas por una gran cantidad de gas*” o cuando barría las casas aledañas “...*no se pueden ver por la saturación de la luz*”. Le había dejado el libro antes de fallecer, advirtiéndole que debía esconderlo muy bien. Y así lo había hecho durante años.

Una noche, sintió el impulso de acercarse a la Raptia, no había un defensor por los alrededores, ni siquiera en el Reloj. A medida que se acercaba, el tintineo de los balines de los Defensores al entrechocar era ahogado por el rumor del mar, como si no existieran. Vio que una intensa luz salía de las ventanas e intuyó que debían de tener una gran vela pero eso era imposible porque solo existía una *forma* de vela. Con asombro observó que cuando el sol estaba saliendo, las luces se apagaron como por ensalmo y a los pocos segundos el tañido de El Reloj la alertó de que ya los demás estaban a punto de salir de sus hogares

y su padre ya estaría saliendo para dirigirse a su casa. Cuando alzó la vista para comprobar que efectivamente ya estaba a punto de amanecer, vio una pequeña luz en el cielo.

Los siguientes días, veía todo de manera diferente. Había balines de día que no caían, más bien permanecían siempre en el mismo lugar sin importar si era de día o de noche, en la Raptia no usaban velas para iluminarse, tenían aparatos que nunca había visto, comían más que cuatro familias juntas y lo más importante, no querían que nadie lo supiera. Las ideas, la realidad y la fantasía eran disfrazadas entre sí. Las estrellas y los balines; la Raptia y las personas detrás de esa idea; la verdad y la manipulación.

Decidió que seguiría a su padre hasta El Reloj. Al entrar, solo había una larga y desvencijada escalera en la que subió cada escalón con la sensación de que había agujas enterrándose en sus pies. Su padre parecía estar acostumbrado porque no se quejó, pero ambos pares de pies dejaban manchas sanguinolentas en la madera. Estuvo tentada de llorar y gritar, pero continuó hasta llegar a un piso que albergaba un círculo con números y palillos que los señalaban: El Tiempo, de lo que dependía el día y la noche.

Luego de hacer una reverencia, su padre se sentó en una silla a cuidar de El Reloj. Ella siguió subiendo los escalones hasta toparse con una pared y con un techo que le devolvía su confundida cara y la visión de escalones que se despeñaban hasta un oscuro abismo. El sentido común le gritaba que se devolviera, el mismo sentido que le susurraba persistentemente que la raptia los protegía. Decidió ignorarlo.

Un espejo, que estaba segura, sí lo era. Pero ¿qué significado querían que ellos le dieran? ¿De qué buscaban distraerlos? Con su puño desnudo comenzó a golpear el espejo, entre golpe y golpe pensó en la posibilidad de que su padre decidiera subir, pero este jamás abandonaría su deber. Casi gritó cuando un trozo se le clavó en un nudillo, vio se había hecho un pequeño agujero en el vidrio. De manera inexplicable, sintió como si un puño le atravesara la columna y la jalara del estómago, como si su propio peso la estuviera obligando a entrar por el pequeño agujero; quiso pedir ayuda pero solo emitía ruidos estrangulados. En la oscuridad de sus párpados el frío y calidez que se siente cuando ya ha calado en lo más hondo, danzaban dibujando enrevesadas líneas. Había experimentado esa sensación en las pocas ocasiones en que no había nadie que se lo prohibiera. Estaba en el mar.

Entonces, escuchó las detonaciones y el chapoteo de los pies descalzos sobre la arena húmeda. No quería ahogarse, así que asomó la cabeza y para su suerte, estaba saliendo el sol. Pensaba en cómo haría para disimular su llegada cuando lo sintió, un movimiento rápido a su derecha, siguiéndolo, alzó su cabeza; vio entonces las casas alineadas a la línea del horizonte, detrás suyo, vio la Raptia y donde estaba el reloj, una estructura de corto tamaño. A unos pocos metros vio cómo los hombres disparaban, con el agua hasta la cintura, hacia el mar.

Las estrellas se iban difuminando, pero nadie más aparte de ella podía notarlos, «saturación de la luz», pensó. La verdad se fundió con suavidad en su alma, en su entendimiento, con la sutileza de los colores de su pueblo irradiando su sangre. Su cielo era su mar, y su mar era su cielo, ¿qué habían hecho?